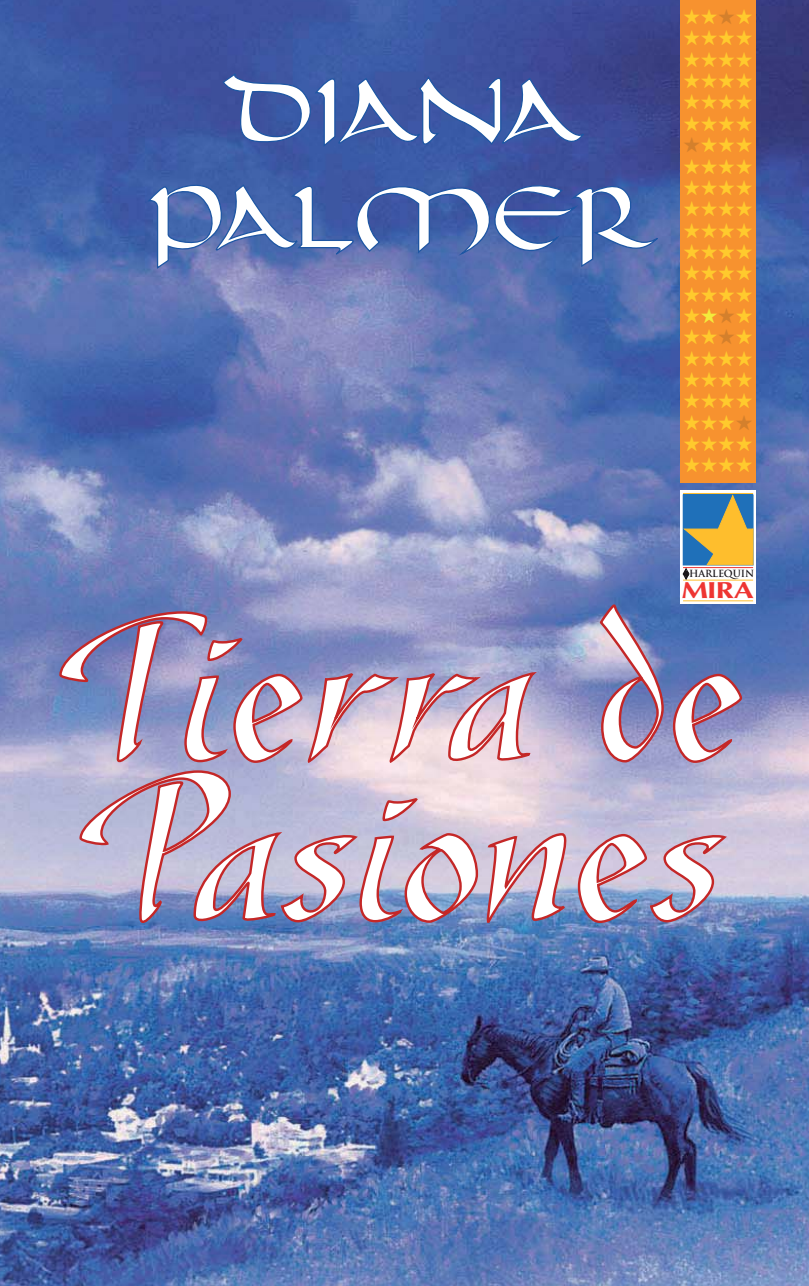
DIANA PALMER

HARLEQUIN MIRA

Tierra de Pasiones





Tierra de Pasiones

DIANA PALMER

HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2003 Diana Palmer. Todos los derechos reservados.
TIERRA DE PASIONES, Nº 93 - septiembre 2010
Título original: Lawless
Publicada originalmente por Mira Books, Ontario, Canadá.
Publicada originalmente en 2003

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin Mira es marca registrada por Harlequin Enterprises Ltd. y Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9003-8
Editor responsable: Luis Pugni

1

Hacía un calor abrasador en el sur de Texas, excesivo para principios de septiembre. Christabel Gaines llevaba un top blanco escotado, unos vaqueros gastados, y la bolsa de los libros colgada con naturalidad de un hombro. El top perfilaba sus senos pequeños y firmes, y los vaqueros realzaban cada suave curva de su joven cuerpo. Su largo pelo rubio se mecía con la brisa, se le enredaba en su bonita boca de media luna y le caía sobre la frente, amplia, y sobre los pómulos altos. Retiró los mechones, y sus grandes y cálidos ojos castaños brillaron de regocijo al oír el comentario de una de sus compañeras de clase sobre otro alumno. Era una larga y aburrida mañana de lunes.

Debbie, una compañera de la clase de informática, dirigió la mirada a un punto situado detrás de Christabel, hacia el aparcamiento, y silbó con suavidad.

—¡Vaya! Ya sé lo que quiero para Navidad —dijo en un sonoro murmullo. Teresa, otra compañera, también miraba en la misma dirección con interés.

—¡Ahí va! —exclamó y, con una sonrisa pícara,

elevó las cejas repetidas veces—. ¿Alguien sabe quién es?

Picada por la curiosidad, Christabel se volvió y vio a un hombre alto, moreno y apuesto cruzando el césped con paso ligero hacia ellas. Llevaba un sombrero texano de color crema caído sobre la frente, una camisa blanca de mangas largas cerrada en el cuello con un adorno turquesa y unos pantalones grises que se ceñían a sus largas y poderosas piernas. Las botas, también grises, estaban hechas a medida. En el bolsillo de la camisa, una estrella plateada centelleaba a la luz del sol. En torno a sus estrechas caderas llevaba un cinto con pistolera de cuero marrón. La pistola era un revólver Ruger Vaquero de calibre 45. Solía llevar una pistola Colt 45 ACP, pero le estaban cambiando la empuñadura por otra a medida y tallando en ella la estrella de los Rangers. Además, era una jornada de competición en la Asociación de Tiro a la que Judd pertenecía, y los participantes iban vestidos de cowboys; por tanto, era oportuno que llevara el revólver de seis tiros al trabajo aquel día.

—¿Qué habéis hecho, chicas? —bromeó uno de los compañeros de Christabel—. ¡Los Rangers de Texas vienen por alguien!

Christabel guardó silencio. Se quedó mirando, como el resto del grupo, cómo Judd avanzaba hacia ella con la determinación y concentración que lo hacían descollar en su trabajo. Era el hombre más sexy y maravilloso del mundo. Christabel le debía todo lo que tenía, todo lo que era. A veces, deseaba de todo corazón haber nacido hermosa, para que Judd se fijara en ella como Christabel quería que se fijara. Sonrió para sí, imaginando lo que dirían sus compañeras si conocieran su verdadera relación con aquel enérgico ranger.

Judd Dunn tenía treinta y cuatro años. Se había pasado casi toda su vida trabajando de agente de la autoridad, y se le daba bien. Hacía cinco años que for-

maba parte de la compañía D de los Rangers de Texas. Habían querido ascenderlo a teniente, pero Judd había rehusado porque era una labor de tipo administrativo y prefería el trabajo de campo. Mantenía en forma su cuerpo alto y flexible trabajando en el rancho, cuya propiedad compartía con Christabel.

Judd se había hecho responsable de Christabel cuando ella solo tenía dieciséis años. Por aquel entonces, el rancho «D barra G» estaba en ruinas, en quiebra y a punto de irse a pique. Judd lo sacó de los números rojos y consiguió que empezara a dar ganancias. Había estado invirtiendo su propio dinero para aumentar el número de reses vacunas de cruce que criaban. Con su fino olfato para los negocios y los conocimientos informáticos de Christabel, el rancho empezaba a ser rentable. Así, Christabel podía estudiar para sacarse su diploma en programación y Judd podía permitirse algunos lujos. El último, del año anterior, había sido aquel Stetson de color crema que llevaba calado sobre la frente. Estaba hecho de piel de castor y le había costado el sueldo de un mes. Pero le sentaba bien, la verdad. Estaba peligrosamente atractivo. Aquel año, por desgracia, no habían podido permitirse ningún lujo, por culpa de la sequía y la bajada de los precios de la carne. Volvían a atravesar momentos difíciles, justo cuando empezaban a levantar cabeza.

Cualquier otro hombre habría reparado con regocijo en las miradas embelesadas de las dos bonitas compañeras de Christabel. Judd les prestaba la misma atención que concedería a una aguja de pino. Tenía un propósito en mente y nada podía distraerlo hasta que no lo hubiera cumplido.

Se acercó a Christabel y, para total asombro de sus compañeros de clase, se detuvo frente a ella.

—Nos han hecho una oferta —dijo, y la sujetó del brazo con la misma frialdad con la que habría detenido a un delincuente—. Tengo que hablar contigo.

—Judd, tengo una clase dentro de nada —protestó.

—Solo será un minuto —masculló, y entornó los ojos, buscando un lugar apartado. Encontró uno bajo un enorme roble—. Vamos.

La arrastró al árbol mientras sus compañeros contemplaban la escena con perplejidad. Christabel sabía que, después, la someterían al tercer grado.

—No es que no me alegre de verte —señaló Christabel cuando Judd la soltó con brusquedad, lejos de oídos curiosos—, pero solo dispongo de cinco minutos...

—Entonces, no los malgastes hablando —la interrumpió. Tenía una voz grave y aterciopelada, aunque hablara con brusquedad, y Christabel siempre sentía deliciosos estremecimientos de placer por la espalda cuando la oía.

—Está bien —accedió con un suspiro, y alzó una mano.

Judd reparó en el anillo de sello, *su* anillo de sello, que Christabel lucía en el dedo anular. Aunque lo había llevado a la joyería para que se lo ajustaran, seguía siendo demasiado grande para su esbelta mano. Pero ella insistía en llevarlo puesto.

Christabel siguió su mirada y flexionó la mano.

—Nadie lo sabe —dijo—. No soy chismosa.

—No, no lo eres —corroboró y, por un instante, el humor afectuoso brilló en sus ojos negros.

—Bueno, ¿cuál es el problema?

—No es un problema, exactamente —dijo, y apoyó la mano derecha relajadamente en la culata de su arma. El emblema de los Rangers estaba tallado en la empuñadura de madera de arce. La nueva empuñadura de su Colt tendría la misma madera y el mismo emblema—. Hemos recibido una oferta de un equipo de rodaje. Han estado recorriendo las tierras de alrededor, acompañados por un representante de la Consejería de Cultura, buscando un lugar apropiado para emplazar un rancho ficticio. Les gusta el nuestro.

—Un equipo de rodaje —Christabel se mordió su generoso labio inferior—. Judd, no me gusta tener a gente en el rancho —empezó a decir.

—Lo sé. Pero queremos comprar otro semental purasangre, ¿no? Y si escogemos uno bueno, será caro. Nos han ofrecido treinta y cinco mil dólares por usar el rancho durante varias semanas. Sería un trampolín. Hasta podríamos ampliar la cerca eléctrica y comprar un nuevo tractor.

Christabel silbó. Aquella cantidad de dinero le parecía una fortuna. Siempre había gastos en un rancho, una máquina que se estropeaba o ayudantes que querían un aumento, o el surtidor eléctrico dejaba de funcionar y no había agua. Si no había que llamar al veterinario para que atendiera a una vaca enferma, poner las etiquetas identificadoras al ganado, marcarlo, comprar material para las alambradas... A menudo, se preguntaba cómo sería ser rica y poder comprar lo que se le antojara. El rancho había pertenecido a partes iguales al tío de Judd y al padre de ella, y aún distaba de ser próspero.

—Deja de soñar —le dijo Judd con aspereza—. Necesito una respuesta. Tengo un caso entre manos.

Christabel abrió los ojos de par en par.

—¿Un caso? ¿Cuál?

Judd entornó la mirada.

—Ahora, no.

—Se trata del homicidio, ¿verdad? —preguntó, intrigada—. La mujer a la que encontraron degollada en Victoria, en una zanja, solo con una blusa puesta. ¡Tienes una pista!

—No pienso contarte nada.

Christabel se acercó.

—Oye, he comprado manzanas frescas esta mañana. Tengo canela en rama. Y azúcar morena —se inclinó hacia él—. Y mantequilla, y harina de repostería...

—Para —gimió Judd.

—¿No te imaginas esas manzanas burbujeando sobre la masa, cociéndose, hasta formar una tarta suave, crujiente y deliciosa...?

—¡Está bien! —masculló, y lanzó una mirada alrededor para asegurarse de que nadie los oía—. Era la esposa de un ranchero de los alrededores —le dijo—. El marido cuenta con una coartada sólida, y ella no tenía ni un solo enemigo en el mundo. Creemos que fue escogida al azar.

—¿No hay ningún sospechoso?

—Todavía no. El asesino no ha dejado mucho rastro, salvo por un cabello y unos filamentos de una tela de colores chillones que no se correspondía con la blusa de la víctima. Y no pienso contarte nada más —añadió, enojado—, haya tarta de manzana o no.

—Está bien —dijo Christabel, cediendo con deportividad. Escrutó su rostro atractivo y delgado—. Quieres que abramos las puertas del rancho a esa compañía cinematográfica —añadió. Judd asintió.

—La próxima semana, cuando hayamos hecho la declaración trimestral, tendremos un déficit de unos mil dólares —le dijo en voz baja—. Habrá que comprar más pienso. La inundación echó a perder casi todo el heno y la cosecha de maíz, por no hablar de la alfalfa. Hemos reparado el silo, pero no a tiempo para esta temporada. Y también necesitaremos más suplementos vitamínicos y minerales para el ganado.

—Sí... —reconoció, y su mirada se tornó soñadora—. ¿No sería maravilloso tener millones? Podríamos comprar segadoras trilladoras, tractores nuevos, henificadoras...

Judd frunció los labios y sonrió al ver su entusiasmo. Deslizó la mirada por su preciosa figura, deteniéndola involuntariamente en sus senos. Parecían bonitas manzanas bajo aquella tela ceñida, y experimentó una

sacudida de anhelo inesperado y sorprendente. Levantó de nuevo los ojos.

—¿No preferirías unos vaqueros nuevos? —preguntó, y señaló los agujeros que tenían los que llevaba. Christabel se encogió de hombros.

—Aquí nadie se arregla demasiado. Bueno, menos Debbie —señaló, y lanzó una mirada a su compañera de clase, que llevaba un conjunto caro de falda y top—. Pero sus padres son millonarios.

—¿Qué está haciendo en una escuela de formación profesional?

—Cazar al hijo de Henry Tesler.

Judd sonrió.

—Un estudiante.

Christabel lo negó con la cabeza.

—Es profesor de álgebra.

—Un cerebrito —comentó Judd.

—Es muy inteligente —asintió Christabel—. Y muy rico. El padre de Henry tiene caballos de carreras, pero a Henry no le gustan los animales, así que es profesor —echó un vistazo al reloj ancho y poco femenino de su muñeca—. ¡Dios mío! ¡Voy a perderme la clase! Tengo que irme.

—Diré a los de la compañía cinematográfica que pueden venir a rodar —dijo Judd. Christabel se dio la vuelta para alcanzar a sus compañeros, que se alejaban a paso lento hacia la puerta lateral del edificio principal. Se detuvo y volvió la cabeza con recelo.

—¿Cuándo vendrán?

—Dentro de dos semanas, para tomar una fotos y comentar las modificaciones que necesitarán hacer para instalar sus cámaras.

—Pues diles que no hagan mucho ruido cerca del granero. Bessie va a tener a su potrillo.

—Los pondré al corriente de todo.

Christabel lo observó con admiración.

—Estás muy sexy, ¿sabes? —dijo—. Mi compañera Debbie te quiere de regalo de Navidad —añadió con picardía. Judd le lanzó una mirada furibunda—. Solo faltan tres meses. Tengo una idea. Si me compras un negligé de encaje rojo, lo luciré para ti —bromeó.

Judd se negaba a imaginarla así.

—Soy catorce años mayor que tú —señaló. Ella le enseñó el anillo. Judd dio cuatro pasos y se inclinó sobre ella con actitud amenazadora—. ¡Como se te ocurra decírselo a alguien...!

—No soy chismosa —le recordó—. Pero no hay motivo legal ni moral que te impida verme en ropa interior vaporosa —señaló—, tanto si la gente sabe que estamos casados como si no.

—Te lo dije hace cinco años, y te lo repito ahora —dijo Judd con firmeza—. Nuestra relación nunca será íntima. Dentro de dos meses, cumplirás la mayoría de edad. Tú firmarás un papel, yo también, y seremos socios, nada más.

Christabel observó sus ojos negros, presa de la familiar excitación.

—Dime que nunca te has preguntado qué aspecto tengo desnuda —susurró—. Atrévete.

Judd le lanzó una mirada que habría requemado el pan. Era una mirada famosa en el sur de Texas; hacía retroceder a delincuentes con ella. Hasta la había usado con el padre de Christabel antes de abalanzarse sobre él con los puños cerrados.

Christabel exhaló un suspiro de pesar.

—Qué desperdicio —murmuró—. Sabes más de mujeres de lo que yo sabré nunca de hombres. Apuesto a que eres sensacional en la cama.

Judd apretó los labios. La mirada empezaba a adquirir atributos de misil termodirigido.

—Está bien —desistió por fin—. Buscaré a un chico amable que me enseñe cómo aplacar estas ansias que

me entran de vez en cuando, y te contaré hasta el último y sórdido detalle, te lo prometo.

—Uno —dijo Judd. Christabel enarcó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Dos...

Christabel cerró la mano en torno al asa de la bolsa.

—Oye, no voy a dejarme intimidar por un hombre que me conoce desde que llevaba combinación y zapatos de charol...

—¡Tres!

—Además, no me importa si eres un...

—¡Cuatro!

Christabel giró sobre sus talones sin terminar la frase y echó a andar hacia la puerta lateral de la escuela. El siguiente número era el último aviso de una humillación pública. Recordaba muchas cuentas atrás del pasado, para perjuicio de ella. ¡Cuando a Judd se le metía algo en la cabeza...!

—Solo te estoy complaciendo para hacerte creer que controlas la situación —le espetó—. ¡No creas que estoy huyendo!

Judd ocultó una sonrisa hasta que regresó al voluminoso todoterreno negro que conducía.

Aquella misma semana, pillaron robando a Jack Clark, un empleado, cuando cargó a la cuenta del rancho unas botas muy caras. Christabel había visto la factura y había llamado a Judd para enseñársela. Lo despidieron al momento. Christabel no le dijo a Judd que Clark había estado acosándola, ni que había tenido que amenazarlo con decírselo a Judd para pararle los pies.

Varios días después del despido, su nuevo novillo Salers apareció muerto en un pasto. A Christabel le parecía una muerte provocada. El toro estaba sano, y se negaba a creer la afirmación de Judd de que había inge-

rido hierbas indigestas cuando otros cuatro toros del mismo pasto seguían vivos. A fin de cuentas, Jack Clark había jurado vengarse. Pero Judd descartaba las sospechas, e incluso se quejó a Maude, el ama de llaves, de que Christabel estaba intentando llamar la atención, porque no le había hecho mucho caso últimamente, ocupado como estaba tratando con la compañía cinematográfica. Aquello la enfureció. Le contó a su capataz, Nick Bates, su teoría, y le pidió que vigilara el ganado. A veces, Judd la trataba como a una cría. No solía molestarla pero, últimamente, resultaba irritante.

Dos semanas después, el sábado a primera hora de la mañana, Judd se presentó en su todoterreno negro seguido de otro 4x4 enorme de color burdeos repleto de personas. Entre ellas, estaba el representante de la Consejería de Cultura y un director a quien Christabel reconoció de inmediato. Christabel no había esperado ver a gente famosa. El grupo también lo formaban un ayudante de dirección y otras cuatro personas a las que presentaron como parte del equipo, incluidos el director de fotografía y un técnico de sonido.

Christabel averiguó que la estrella de la película era una supermodelo, una hermosa joven que, por desgracia, jamás había montado a caballo.

—Eso limitará las escenas con las reses —le dijo el director a Judd con una carcajada—. Claro que Tippy Moore no sabe nada de ganadería. Puede que la haya visto en las portadas de las revistas. La llaman la Luciérnaga de Georgia. Esta va a ser su primera película, pero fue una bomba en las audiciones. Posee un talento natural.

Judd frunció los labios, y se le iluminaron los ojos.

—La he visto en la portada de un suplemento de bañadores —confesó—. Todos los norteamericanos con sangre en las venas saben quién es.

Christabel se sintió incómoda. Lanzó una mirada a Judd, consciente de su interés, y sintió deseos de gemir. Estaban casados, pero no se fijaba en ella. Estaba encariñado con ella, la mimaba, pero nada más. Ni siquiera la había besado el día de la boda. Era un jarro de agua fría pensar que, en dos meses, todo habría acabado. Christabel había intentado de mil maneras llamar su atención, incluso bromeando sobre un chico de la escuela que quería casarse con ella. Era mentira, y Judd la había pillado. Desde entonces, no creía nada de lo que ella decía. Observó su físico alto y sexy y se preguntó lo que diría si una noche, mientras revisaba los libros, ella entraba en su estudio y se quitaba toda la ropa.

Entonces, recordó las terribles cicatrices que tenía en la espalda, las que su padre, en plena borrachera, le había infligido con un látigo corto a los dieciséis años. Christabel había intentado salvar a su pobre potrilla de los latigazos y su padre, en cambio, se había ensañado con ella. Todavía recordaba el dolor. Su padre le había dejado la camisa hecha jirones.

Aquel sábado por la mañana, Judd se había presentado en el rancho para hablar de negocios con el padre de Christabel, cuando todavía trabajaba en el puesto de Rangers de San Antonio. Gran parte de lo sucedido era borroso, pero Christabel recordaba con claridad cómo Judd se había acercado a la cerca del corral con tanta amenaza callada que su padre había soltado el látigo y había empezado a retroceder. No le sirvió de nada. Judd se lio a puñetazos con él y, segundos más tarde, el borracho yacía en tierra, medio insensible. Judd lo encerró en el cobertizo de los arreos.

Después, Judd la levantó en brazos con ternura, murmurando palabras de consuelo, gritando a Maude, el ama de llaves, con voz ronca, para que llamara a la policía y a la ambulancia. La depositó en la ambulancia él mismo, y viajó con ella al hospital, mientras la madre

inválida de Christabel lloraba con amargura en el porche y su padre era detenido. Judd denunció a Tom Gaines y este fue a la cárcel.

Nunca más, dijo Judd con frialdad, iba ese hombre a levantarle la mano a Christabel.

Pero el daño estaba hecho. Las heridas tardaron semanas en cerrarse. No había dinero para cirugía plástica. Seguía sin haber. Así que Christabel tenía cicatrices blancas paralelas en la espalda, desde los hombros hasta la cintura. La acomplejaban tanto que, a pesar de las bromas, jamás había tenido valor para desnudarse delante de Judd, o de ningún otro hombre. De todas formas, Judd solo quería deshacerse de ella. No quería casarse. Le encantaba su trabajo, y su libertad. Lo decía a todas horas.

Pero sabía quién era Tippy Moore. Casi todos los hombres lo sabían. Tenía rostro de ángel y un cuerpo que reclamaba caricias. Al contrario que la pobre Christabel, que tenía un rostro pasable y un cuerpo parecido al del monstruo de Frankenstein.

Judd y el director, Joel Harper, estaban hablando de usar uno de los caballos para una escena, y la conveniencia de contar con el apoyo del capataz, Nick Bates, durante el rodaje.

—También necesitaremos protección —dijo Harper en tono pensativo—. Me gusta contar con la policía local, cuando puedo, pero esto queda fuera de los límites del municipio, ¿no?

—Podría contratar a los policías de Jacobsville en sus horas libres —sugirió Judd—. Ahora mismo, el jefe de policía, Chet Blake, está fuera de la ciudad. Pero Cash Grier, el subjefe, estará encantado de ayudarlo. Trabajé con él cuando estaba destinado en San Antonio.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Harper.

Judd emitió un sonido ronco y gutural.

—Grier no tiene amigos, sino contrincantes.

Christabel había oído hablar mucho de Cash Grier, aunque no lo conocía personalmente. Lo había visto de lejos. Era un enigma; llevaba el tradicional uniforme de policía y su melena negra recogida en una coleta corta. Tenía bigote y una perilla minúscula por debajo del labio inferior. Resultaba... amenazador. La delincuencia había descendido en picado en Jacobsville desde su llegada. Corrían rumores sórdidos sobre su pasado, como el de que, en su juventud, había sido un asesino que trabajaba para el gobierno.

—Hizo caer a Terry Barnett por una ventana —recordó Christabel en voz alta. Harper abrió los ojos de par en par. Christabel advirtió que los dos hombres la estaban mirando fijamente y se sonrojó—. Terry estaba rompiendo platos en una crepería de Jacobsville porque su esposa, que trabajaba allí, estaba saliendo con otro hombre. Los pilló juntos y empezó a destrozar el local. Dicen que se abalanzó hacia Grier con una parrilla en la mano, y que Grier se limitó a cambiar de postura y que Terry atravesó el cristal —silbó—. Le dieron treinta puntos y lo acusaron de agresión a un agente de policía, aunque consiguió la condicional.

Judd la miraba con enojo. Ella se encogió de hombros.

—Cuando tratas con ellos, se te pega —le explicó a Harper con sonrisa tímida—. Hace tiempo que conozco a Judd. Mi padre y él eran... socios.

—Mi tío y su padre eran socios —corrigió Judd con fluidez—. Yo heredé una mitad del rancho y ella, la otra.

—Entiendo —dijo Harper, con una inclinación de cabeza, pero estaba preocupado por la película que iba a dirigir, y ya estaba organizando las escenas en su cabeza. Y pensando en la logística—. Necesitaremos que alguien nos procure la comida mientras trabajamos —murmuró—. También tendremos que fijar reuniones con representantes de la ciudad, porque parte de los exteriores se rodarán en Jacobsville.

—¿De qué trata la película? —quiso saber Christabel—. ¿Puede decírmelo?

Harper sonrió al ver su interés. Tenía dos hijas de su edad.

—Es una comedia romántica sobre una modelo que viene al Oeste para rodar un anuncio en un rancho de verdad y se enamora de un ranchero. El ranchero detesta a las modelos —añadió.

Christabel rio.

—Iré a verla.

—Espero que lo hagan varios millones de personas —Harper se volvió hacia Judd—. También alquilaremos habitaciones en el mejor hotel de la zona para las semanas que dure el rodaje.

—Para eso, no tendrá ningún problema —ironizó Judd—. Esto no es precisamente un destino turístico.

Harper se estaba abanicando con un fajo de papeles; sudaba a chorros.

—Con este calor, no —corroboró.

—¿Calor? —bromeó Christabel, fingiendo inocencia—. ¿Cree que hace calor? ¡Dios mío!

—Ya basta —masculló Judd en tono sombrío, porque el director empezaba a palidecer. Christabel arrugó la nariz.

—Era broma. Los agentes de policía no tienen sentido del humor, señor Harper —le dijo—. Llevan caretas en vez de caras y no pueden sonreír...

—Uno —masculló Judd.

—¿Lo ve? —inquirió con insolencia.

—¡Dos...!

Christabel puso los ojos en blanco y entró en la casa.

Christabel estaba sacando una tarta de manzana del horno cuando oyó que se cerraban las puertas de un coche y el ruido de un motor. Judd entró en la cocina,

cruzándose con Maude, que se dirigía a la parte posterior de la casa para meter la colada en la secadora.

—Te he hecho una tarta de manzana —le dijo Christabel a Judd, y se la pasó por debajo de la nariz—. Penitencia.

Judd suspiró y se sirvió una taza de café negro, separó una silla y se sentó ante la pequeña mesa de cocina.

—¿Cuándo piensas crecer, diablillo?

Christabel se miró las botas polvorientas y los vaqueros manchados. Imaginaba que se le estaba deshaciendo la trenza, y no le hacía falta mirar para saber que tenía la blusa amarilla de algodón terriblemente arrugada. Judd, por el contrario, llevaba unos vaqueros ceñidos y limpios. Tenía las botas tan lustrosas que reflejaban el mantel. La camisa blanca con la estrella plateada de sargento ranger estaba impecable, y la corbata azul oscura en perfecto orden. El cinto del arma crujía cuando cruzaba sus piernas largas y poderosas, y la pistola Colt 45 ACP se movía de forma inquietante en su funda.

Recordó que el tatarabuelo de Judd había sido ranger antes de ir a Harvard y convertirse en un famoso abogado en San Antonio. Judd era el más rápido desenfundando el arma de todo el norte de Texas, así como su amigo y compañero Marc Brannon, de Jacobsville, era el más rápido del sur del estado. Solían practicar en el club de tiro de Jacobsville, al que accedían como invitados de su mutuo amigo Ted Reagan. El carné de socio del club costaba cientos de dólares, y los agentes de policía no podían permitírselo. Pero el ex mercenario Eb Scout tenía una escuela de adiestramiento antiterrorista en Jacobsville, y poseía uno de los mejores campos de tiro de los alrededores. Se lo cedía sin coste alguno a cualquier policía que quisiera usarlo. Entre Ted y Eb, los dos amigos practicaban a menudo.

—¿Sigues siendo el más rápido? —le preguntó a Judd mientras cortaba la tarta.

—Sí, pero no se lo menciones a Harper —añadió con rotundidad. Christabel volvió la cabeza.

—¿No quieres salir en la película?

—Tanto como tú, pequeña —contestó, apreciando distraídamente lo bien que le sentaban los vaqueros y la blusa ceñida, que acentuaba la curva de sus senos. Ella se encogió de hombros.

—Eso tendría gracia: yo, actriz de cine —se quedó mirando la tarta, inmóvil—. Podría ser la estrella de una película de terror si me pusieran un traje de baño y me grabaran por la espalda.

Se hizo un silencio de perplejidad. Christabel sirvió un trozo de tarta en un plato, le puso un tenedor y se lo llevó a Judd. Este tomó la mano de Christabel y la sentó en sus rodillas.

—Escúchame —dijo con la voz grave y tierna que empleaba cuando veía sufrir a una criatura—. Todo el mundo tiene cicatrices. Puede que no se vean, pero están ahí. Al hombre que te quiera no le importarán unas cuantas líneas blancas.

Christabel ladeó la cabeza, intentando no hacerlo ver lo mucho que la afectaba su proximidad. Le gustaba el aftershave que usaba, el aroma a limpio de su ropa, el leve olor del cuero del cinto.

—¿Cómo sabes que son blancas? —le preguntó.

Judd le lanzó una mirada de perro viejo y se aflojó la corbata, se desabrochó los primeros botones de la camisa y dejó al descubierto un pecho bronceado salpicado de vello rizado.

Christabel lo había visto varias veces sin camisa, pero siempre la turbaba.

Judd apartó la camisa y la impecable camiseta blanca que llevaba debajo y señaló un frunce de piel en el hombro, del que partían líneas blancas.

—Una pistola de calibre veintidós —dijo, y atrajo la mano de Christabel a la cicatriz—. Toca.

Ella tenía la mano helada. Le tembló al posarla sobre aquella carne tibia y musculosa.

—Sobresale —dijo casi en un jadeo.

—¿Te resulta desagradable? —insistió Judd. Ella sonrió.

—No.

—Ninguna de tus cicatrices es así de fea —añadió—. Abróchame.

Era íntimo, excitante, realizar aquella pequeña tarea. Sonrió como una tonta.

—Esto es nuevo.

—¿El qué?

—Nunca me habías dejado sentarme en tus rodillas —le recordó. Judd la miraba con una expresión insólita.

—No dejo que nadie se siente en mis rodillas.

Ella frunció los labios al abrocharle el botón del cuello.

—¿Tienes miedo de que intente desnudarte?

Christabel vio que su pecho ascendía, pero cuando alzó la mirada, Judd estaba impasible. Le brillaban los ojos de humor contenido.

—Eso no te serviría de mucho —comentó.

—¿Por qué no?

Judd enarcó una ceja.

—No sabrías qué hacer conmigo cuando me hubieses desnudado.

Se oyó el estrépito de unas patatas cayendo por el suelo. Judd y Christabel volvieron la cabeza hacia el umbral, donde Maude, con las manos sujetando los bordes de su delantal, seguía dejando caer las patatas a sus pies.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Judd en tono sombrío. Maude la miraba con ojos como platos.

—Ya lo sé —dijo Christabel, sonriendo—. Cree que te estoy desnudando. No pasa nada, Maude —añadió, y le enseñó el dedo anular—. Estamos casados.

Judd la miró con desaprobación y la dejó caer al suelo con suavidad. Ella le sonrió desde el linóleo. Judd se recostó en la silla y terminó de cerrarse la camisa.

—Le estaba enseñando una de mis cicatrices —le dijo Judd a Maude.

Maude había recogido las patatas e intentaba con todas sus fuerzas no decir ninguna tontería. Pero aquel comentario inocente provocó un estallido de risa.

—No, Maude —gimió Christabel, poniéndose en pie—. Ha sido muy inocente. Es verdad que me estaba enseñando la cicatriz.

Maude asintió con entusiasmo y centró su atención en las patatas. Lanzó una rápida mirada de regocijo a Judd, que la observaba con enojo al tiempo que se llevaba un trozo de tarta de manzana a la boca.

—Pues claro —corroboró Maude. Judd entornó los ojos.

—Voy armado —señaló.

Maude soltó el cuchillo y la patata que estaba pelando y abrió los brazos.

—Yo también —dijo, y enarcó repetidas veces las cejas.

Judd la miró con enojo, a ella y después a Christabel, que sonreía de oreja a oreja.

—Ahora ya sé de quién aprende las guasas —le dijo a Maude.

—Está celoso porque no sabe hacer bromas —comentó Christabel con mirada traviesa.

Judd le lanzó una mirada amenazadora y siguió tomándose la tarta.

2

Aquella noche, cuando Judd regresó a su apartamento de Victoria, ciudad en la que estaba destinado, Christabel dio vueltas en la cama durante horas, preocupada por Tippy Moore y la extraña reacción de Judd a la noticia de que iba a protagonizar la película. La modelo parecía fascinarlo solo por sus fotografías, y era lo bastante obvio para resultar doloroso. Aunque sentara a Christabel sobre sus rodillas y la consolara por sus cicatrices, la trataba de manera impersonal. Nunca la había tocado indecorosamente, a pesar de los esfuerzos de la propia Christabel.

Recordó aquel sábado, cinco años atrás, en el que su vida cambió de forma drástica. Todavía podía oler la sangre y el cuero, sentir el látigo en la espalda...

Entre oleada y oleada de dolor, oía una voz grave y rasposa maldiciendo sin parar. Era el único sonido audible, aunque otros cinco vaqueros estaban de pie en torno a ella con caras lúgubres y poses rígidas. El corral

estaba polvoriento porque no había llovido, y Christabel tenía briznas de heno en su pelo rubio alborotado. Estaba tumbada boca abajo, con la blusa hecha jirones. La sangre manaba de los cortes profundos de su espalda. Oyó golpes fuertes y gemidos en un lugar cercano, seguidos de un portazo. Un minuto después, notó que alguien se arrodillaba a su lado.

—Christabel, ¿puedes oírme? —le preguntó Judd con aspereza al oído.

Ella entreabrió los ojos. Le costaba ver con nitidez, pero recordó que Judd Dunn era la única persona que la llamaba por su nombre completo. Todo el mundo la llamaba Crissy.

—¿Sí? —¿era aquella su voz? Sonaba débil y tensa. El sol brillaba con tanta intensidad que no lograba abrir los ojos.

—Voy a tener que levantarte, cielo, y te dolerá. Aprieta los dientes.

Christabel tragó saliva. Tenía la espalda en carne viva. La blusa se le adhería a la piel lacerada y sentía cómo la sangre se le enfriaba al empapar la tela. Olía extrañamente a metal.

Judd deslizó los brazos por debajo de las piernas de Christabel y en torno a su caja torácica con tanto cuidado como pudo. La incorporó, tratando de no tocar la carne desgarrada, y notó la presión de sus pequeños senos en los músculos cálidos de su pecho. Estaba sollozando, tratando de ahogar el sonido mientras el dolor la traspasaba.

—¿Y... papá? —preguntó en un hilo de voz.

Los ojos negros de Judd lanzaron un destello tan amenazador que dos de los vaqueros treparon a la cerca del corral para esquivarlo.

—Está en el cobertizo de los arreos —dijo con aspereza—. Y allí se quedará hasta que lleguen los agentes del sheriff.

—No —gimió Christabel—. Judd, no. No puedes hacer que... lo detengan. Mamá está enferma y no puede ocuparse del rancho. Yo tampoco puedo...

—Ya está detenido. Soy ranger de Texas —le recordó—. Pero le dije al capataz que avisara a la comisaría por la radio de mi coche. Ya vienen para acá.

—¿Quién dirigirá nuestra parte del rancho? —repitió, todavía perpleja por lo que había ocurrido de manera inesperada. Su padre tenía un historial de comportamiento agresivo cuando se emborrachaba. De hecho, Ellie, la madre de Christabel, estaba inválida porque Tom Gaines la había empujado por la escalera en un arranque de rabia estando bebido y le había roto la pelvis. La cirugía de urgencias no la había curado por completo y, para remate, tenía los pulmones débiles.

—Yo me ocuparé del rancho, de tu parte y de la mía —dijo con aspereza, y siguió caminando—. No te muevas, cielo.

Las lágrimas resbalaban por las pálidas mejillas de Christabel. Judd la miraba con los labios apretados. Se le había deshecho la coleta y su largo pelo rubio estaba manchado de su propia sangre reseca. Judd maldijo entre dientes, y solo se interrumpió cuando la ambulancia se acercó a velocidad de vértigo por la carretera de acceso del rancho.

Maude, la rolliza ama de llaves, retorcía las manos en el porche. Se abalanzó hacia delante, con el pelo alborotado.

—Mi pobre niña —sollozó—. Judd, ¿se pondrá bien?

—Sí. No puedo decir lo mismo de Tom. Si ella no lo denuncia, lo haré yo.

Una mujer menuda, de pelo rubio salpicado de gris, salió cojeando al porche delantero envuelta en una vieja bata de felpa. Rompió a llorar al ver a su hija.

—Se pondrá bien. Vuelve a la cama, Ellie —dijo Judd y, para ella, su voz era suave—. Yo la cuidaré.

—¿Dónde está Tom? —preguntó con voz trémula. El tono de Judd cambió.

—Encerrado en el cuarto de los arreos.

La mujer cerró los ojos y se recostó en el poste.

—¡Gracias a Dios...!

—Maude, métela otra vez en la cama antes de que se desmaye y se caiga —gritó Judd, y siguió caminando hacia el personal médico que salía de la ambulancia. A continuación apareció un coche patrulla con las luces del techo encendidas. Un policía se apeó y se acercó a Judd.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el agente Hayes Carson, con la mirada clavada en la espalda de Christabel.

—Tom, eso es lo que ha pasado —replicó Judd con aspereza, mientras esperaba a que el personal de la ambulancia sacara la camilla—. Estaba azotando a la potrilla de Christabel con un látigo corto. Ella intentó detenerlo.

Hayes hizo una mueca. Hacía cinco años que era agente de policía y había visto bastantes casos de agresión. Pero aquel... Christabel no tenía más que dieciséis años, era delgada y frágil, y casi todos los vecinos de Jacobsville la querían. Siempre estaba haciendo tartas para recolectas benéficas, llevando flores a ancianos postrados en cama y ayudando a enviar comidas calientes a los inválidos después del colegio. Tenía un corazón tan grande como todo el estado de Texas. Imaginar al fornido Tom Gaines azotándola con todas sus fuerzas bastaba para provocar náuseas a un policía veterano.

—¿Dónde está? —preguntó Hayes con frialdad.

Judd le indicó con la cabeza por dónde quedaba el cobertizo de los arreos, sin apartar la mirada del rostro manchado de lágrimas de Christabel. Eran aún más desgarradoras por la ausencia de sollozos.

—La llave está junto a la puerta —miró a Hayes a los ojos—. No lo saques de la cárcel por nada del mundo. Te lo juro, si lo sueltas, lo mataré —afirmó en un tono que produjo escalofríos incluso a Hayes.

—Me encargaré de que fijen una fianza muy alta —lo tranquilizó—. Iré por él. ¿Está borracho?

—Lo estaba —dijo Judd con aspereza—. Ahora, llora. Lamenta mucho lo ocurrido, por supuesto. Siempre lo lamenta... —depositó a Christabel con suavidad sobre la camilla—. Iré con ella —les dijo a los auxiliares médicos.

Estos no se sentían inclinados a discutir. Judd Dunn ya intimidaba bastante cuando no estaba de mal humor.

Judd volvió a mirar a Hayes.

—¿Qué tal si llamas a San Antonio, a la sede de los Rangers, y les dices que llegaré tarde, que me busquen un sustituto?

—Los llamaré —dijo Hayes—. Espero que Crissy se ponga bien.

—Lo hará —dijo Judd en tono sombrío. Subió a la ambulancia y se sentó junto a Christabel. Envolvió su pequeña mano con la suya—. ¿Pueden darle algo para el dolor? —preguntó al ver que las lágrimas seguían brotando de sus ojos.

—Pediré instrucciones —el auxiliar habló por radio con el hospital y explicó la condición de la paciente. El doctor Jebediah Coltrain, el médico de guardia, le hizo algunas preguntas.

—Deme eso —dijo Judd con aspereza, y extendió la mano para tomar el micrófono. El auxiliar no protestó—. ¿Copper? —preguntó con aspereza—. Soy Judd Dunn. La espalda de Christabel parece carne cruda. Le duele mucho. Diles que le den algo. Me hago responsable de ella.

—¿Cuándo no lo haces? —murmuró Copper con ironía—. Pásame otra vez con Dan.

—Claro —le pasó el micrófono al auxiliar, quien escuchó, asintió, y procedió a llenar una aguja hipodérmica con el contenido de una ampolla.

Judd se quitó el sombrero y se secó el sudor que le caía sobre la frente. Dejó el sombrero a un lado y se quedó mirando a Christabel con ojos brillantes.

—Judd —susurró Christabel con voz ronca mientras le ponían la inyección—. Cuida de mamá.

—Por supuesto —repuso, y cerró los dedos en torno a su mano. Tenía semblante pétreo, pero sus ojos negros hundidos seguían llameando de furia. Ella lo miró.

—Me quedarán cicatrices.

—No importa —masculló.

Christabel cerró los ojos, cansada. Todo se arreglaría. Judd se ocuparía de todo...

Y así había sido. Cinco años después, Judd seguía ocupándose de todo. Christabel nunca se había sentido culpable por ello pero, de pronto, lo hacía. Judd era responsable de todo en el rancho, incluida ella. Su padre falleció de un infarto poco después de su detención. Su madre murió el año en que Christabel terminó el instituto, dejándola sola con Maude. Judd las visitaba en Acción de Gracias y Navidad, y los tres pasaban buenos ratos juntos, pero Judd nunca había querido mantener una relación física con su joven esposa, y tomaba medidas extremas para asegurarse de que así fuera.

Aquel año se había trasladado a la sede que los Rangers de Texas tenían en Victoria, aprovechando la jubilación de un compañero. Fue poco después de que su amigo y compañero Marc Brannon se casara con Josette Langley y de que Cash Grier se trasladara a Jacobsville desde San Antonio para ocupar el cargo de subjefe de policía.

De modo que Judd la había dejado sentarse en sus

rodillas aquella noche. Pero eso no significaba nada, nunca lo haría. Ni siquiera se le había acelerado el pulso, recordó. En cambio, cuando el director había mencionado a Tippy Moore, Judd había sonreído, y Crissy había visto en sus ojos una mirada puramente masculina.

Sabía que Judd no era virgen, aunque ella lo fuera. Tenía aire de mundo, y las mujeres parecían intuirlo, como su amiga Debbie había hecho en la escuela. Debbie había comentado que, seguramente, Judd era sensacional en la cama y que había roto corazones por todas partes.

Christabel se había quedado pensativa después de eso, porque recordaba algunos comentarios extraños de su madre tiempo atrás, sobre Judd y la compañía que frecuentaba en San Antonio. Al parecer, no era reacio a mujeres permisivas, pero nunca las llevaba al rancho. Su madre había sonreído con sagacidad. No quería que sus amantes desfilaran delante de Christabel, había comentado. No cuando estaban casados en secreto.

Había sido devastador descubrir que Judd no honraba sus votos conyugales, aunque fuera un matrimonio de conveniencia. Siendo realistas, no habría podido pasarse sin una mujer durante varios años; Crissy lo sabía. Pero detestaba imaginarlo en la cama con una mujer voluptuosa. Lloró durante dos días, ocultando las lágrimas en el gallinero mientras recogía huevos, o mientras recorría la cerca con los vaqueros.

Su naturaleza poco femenina había inquietado a su madre inválida, que decía que Christabel debería estar aprendiendo a vestirse y a poner servicios en la mesa en lugar de echar el lazo a los carneros para marcarlos o a almohazar a los caballos en el establo. Christabel no le prestaba atención y seguía adelante con sus tareas. Sentía que debía realizar parte de los quehaceres del rancho antes y después del colegio, y en los fines de semana,

cuando disponía de tiempo. Judd reparó en ello, primero con regocijo, después con afectuosa indulgencia.

La tenía cariño, a su manera. Pero no era el cariño que Christabel deseaba. Tenía una terrible premonición sobre el cambio adverso que iba a operarse en su vida con la llegada del personal de rodaje. Judd ya había anunciado su intención de tramitar la anulación en noviembre. ¿Y si perdía la cabeza por aquella modelo de fama mundial que hacía babear a todos los hombres? Crissy no podía evitar pensar que la modelo podía encontrarlo igualmente atractivo. Judd era un bombón.

Empezó a dar vueltas y se tapó la cabeza con la almohada. Tendría tiempo de sobra para preocuparse de eso después del examen de informática del día siguiente. ¡El examen! ¿Cómo podía haberlo olvidado? Tomó el despertador y lo programó para una hora antes de la acostumbrada. Un repaso de último minuto no hacía daño a nadie.

Hizo el examen, asistió al resto de las clases y regresó al rancho para hacer sus tareas. Acababa de almohazar a su yegua, la misma que había salvado de la brutalidad de su padre cuando solo era una potrilla, cuando oyó que se acercaba un coche.

Maude estaba en Jacobsville, en la tienda de comestibles, así que salió a ver quién era. Advirtió, sorprendida, que se trataba de un coche de policía blanco y negro. Un hombre alto, de buena planta, vestido de uniforme y con una gruesa coleta negra se volvió al oírla acercarse y bajó los peldaños con una mano apoyada en la culata de su revólver de calibre 45, que compartía el cinto con una cartuchera, una porra de cuero, un aerosol, una linterna y varios cuchillos.

Era Cash Grier, el subjefe de policía. Crissy lo había visto de lejos en una ocasión, pero había oído hablar

mucho de él. Era como Judd, pensó, un hombre serio de rostro pétreo. Llevada por un impulso travieso, se cubrió la cabeza con las manos.

—Lo confieso. ¡He sido yo! —exclamó—. ¡He atracado la caja de ahorros de Jacobsville, y el dinero está en el granero! ¡Adelante, átame!

Grier se detuvo y enarcó las cejas. Su boca cincelada, disciplinada entre el bigote ancho y la pequeña perilla, se elevó en ambos extremos, y sus ojos oscuros destellaron en su rostro marcado y atezado.

—Como quieras. Llévame a un árbol y te ahorcaré —contestó.

Crissy sonrió. La sonrisa cambiaba su rostro, lo hacía radiante. Se limpió la mano derecha en los vaqueros y se la ofreció.

—Hola, soy Christabel Gaines. Todo el mundo me llama Crissy excepto Judd.

Cash le estrechó la mano.

—¿Cómo te llama Judd?

—Christabel —suspiró—. Carece de imaginación y de sentido del humor. Si no quieres detenerme, ¿a qué has venido? Ni siquiera estamos en tu jurisdicción. La señal que marca el límite de la ciudad está a seis kilómetros y medio de aquí —señaló.

Cash rio entre dientes.

—He venido a ver a Judd. Me dejó un mensaje. Tengo entendido que una compañía cinematográfica va a venir aquí a rodar y quieren contratar a policías locales en sus horas libres. Me ofrecería voluntario —añadió—, pero me darían la lata para que hiciera de protagonista. Soy atractivo, por si no te habías dado cuenta —añadió con una sonrisa traviesa.

Crissy tardó un minuto en captar la broma; después, rompió a reír.

—¿Tú vas a actuar? —preguntó Grier con una sonrisa. Crissy asintió.

—Voy a hacer de lilo junto a los peldaños del porche. Tengo entendido que el maquillaje llevará todo el día.

Cash rio entre dientes. Aquella joven era encantadora, y muy bonita. Le gustaba su personalidad. Hacía mucho tiempo que una mujer no lo atraía tanto en un primer encuentro.

—Soy Cash Grier, el subjefe de policía —se presentó—. Imagino que ya lo sabías. ¿Qué me ha delatado? ¿El coche patrulla?

—Llama un poco la atención —comentó—. Es muy bonito.

—Nos gusta pensar que tenemos los coches patrulla más sexys de todo Texas —corroboró Grier—. A mí me favorecen —añadió.

Crissy lo miró a los ojos.

—Comprobémoslo.

—Ah, no —repuso Cash—. Es una experiencia demasiado fuerte para algunas mujeres. Tendremos que ir poco a poco —enarcó las cejas—. También me favorecen las tazas de café.

Era una sugerencia, y Crissy la siguió.

—Muy bien. Comprobémoslo.

Antes de entrar en la casa, apareció Maude. Salió del coche y sacó una bolsa de verduras del asiento contiguo. Sus ojos verdes miraban alternativamente el coche patrulla y al hombre alto uniformado. Se volvió hacia Christabel y la miró con enojo.

—Bueno, ¿qué has hecho ahora?

—Este es Cash Grier, nuestro nuevo subjefe de policía. Dice que las tazas de café lo favorecen —le explicó a Maude—. Dejaré que nos lo demuestre.

Maude le lanzó a Grier una mirada elocuente.

—He oído hablar de usted. Dicen que juega con serpientes de cascabel y que espanta a los lobos.

—Cierto —le aseguró Grier con cordialidad—. Y